II Domingo Cuaresma

Génesis 22, 1-2. 9-13. 15-18; Romanos 8, 31b-34; Marcos 9, 2-10

«Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías»

28 febrero 2020 P. Carlos Padilla Esteban

«Soy dueño de mi historia, no esclavo de mis propias heridas que manejan a su antojo mi estado de ánimo. Esa libertad para elegir cómo vivo el ahora es lo que marca mi camino»

No quiero que mi pasado determine mi futuro. Que mis heridas de amor me impidan volver a amar por miedo a ser de nuevo herido. Que las decisiones tomadas un día marquen el camino sin poder enmendar la ruta. No quiero depender demasiado de lo que ya he sufrido. Sé que lo que me han hecho me influye a la hora de enfrentar el futuro. Aumenta la confianza o despierta el miedo. Y lo que he hecho también tiene su peso en mi forma de enfrentar nuevas decisiones. Todo, las acciones y las omisiones, los logros y las carencias, influyen en mi vida, impactan en la vida de las personas que me rodean. Decía Jean Paul Sartre: *«Libertad es lo que uno hace con lo que le han hecho»*. Soy más libre cuando sé qué hacer con aquello que he recibido como parte de mi pasado. Me pesa, me duele, lo guardo con rencor, lo acaricio con dolor. El pasado y lo que me han hecho, lo que he sufrido, tiene un peso inmenso en mi alma. Eso no lo puedo cambiar. Porque los días pasados no vuelven. Ni se presenta ante mí esa misma oportunidad que un día tuve de elegir, de amar o dejar pasar, de odiar o hacer el bien. Pasó esa hora, ese minuto exacto. Pasó el momento que me dio Dios para cambiar mi historia. Y ahora entonces sólo me queda el presente que toco con manos temblorosas y frágiles. Puedo volver a amar después de haber sido herido. Puedo volver a hacer daño después de haber sido perdonado. Puedo volver a fallar después de haber prometido que nunca de nuevo volvería a suceder. Pero sucede, porque yo lo elijo y mi promesa cae al vacío del olvido. Puedo ser libre eligiendo lo que quiero vivir y hacer. Puedo elegir amar cuando no he recibido amor. Y puedo dejar de hacerlo al dolerme tanto la herida del desamor. De mí depende. Sé que cuando soy valorado, querido, amado, respetado, enaltecido, el poder de ese amor me salva, me sana por dentro, me alegra y capacita para enfrentar los más duros momentos de la vida. El amor sana el alma y el cuerpo. El amor me ayuda a vencer una enfermedad de muerte. Y logra sacarme de la depresión que me amenaza con hacerme perder el rumbo. El amor que espera a la puerta de un campo de concentración es el acicate que levanta el ánimo de los presos durante la segunda guerra mundial en Alemania. Porque si alguien espera mi regreso merece la pena sobrevivir para llegar a verlo. Las palabras de Nietzsche son muy claras: *«El que tiene un porqué para vivir, puede soportar casi cualquier cómo»*[1]. Por eso explica Viktor Frankl: *«Siempre que se presentaba la menor oportunidad, era preciso infundirles un porqué, un objetivo, una meta a sus vidas, con el fin de endurecerles para soportar el terrible cómo de su existencia»*[2]. Y normalmente el motivo de mi existencia es el amor. Ese amor que doy y ese amor que recibo. El desprecio, la indiferencia, o el olvido abren una herida profunda en el alma. Tengo claro que no saberme amado me hiere y enferma por dentro. Pierdo la fortaleza y no sé enfrentar los problemas. El amor se juega en presente. No necesito que todos me quieran. Que el mundo me quiera. La admiración no siempre va unida al amor. Sin admiración no hay amor, eso está claro. Pero no necesariamente amo a quien admiro. Hay personas cuya vida me parece admirable, pero no las amo. Las admiro de lejos. La admiración que desemboca en el amor es la que sucede en las cortas distancias. Admirar al que veo de cerca no es tan sencillo. Porque de cerca no sólo aprecio lo bello, también resalta lo vulgar, lo feo, lo menos noble de la persona amada. Y puedo, con el paso del tiempo, dejar de admirarlo. La admiración es algo mágico. Admiro lo que no poseo,

[1] Frankl, Viktor Emil, *El hombre en busca de sentido*
[2] Frankl, Viktor Emil, *El hombre en busca de sentido*

lo que es distinto a lo que yo tengo, lo que es noble porque brilla. El problema del amor hecho rutina es que la vida se juega en lo cotidiano. Y ahí quizás hay más razones para la condena y el desprecio que para la admiración. Y el peligro entonces es que al faltar la admiración deje de amar. Y comienzan así el desprecio y la indiferencia a apoderarse de mi alma. El amor es la raíz de mi vida. Es lo que me levanta cada mañana y me lleva a luchar. El amor matrimonial. El amor filial. El amor a un padre o a una madre. El amor de un amigo, o de un hermano. Ese amor que doy y recibo de forma incondicional. Doy gracias a Dios por poder palpar ese amor en mi vida. Por los amores concretos que me levantan. El amor sana siempre el alma. Soy libre para actuar siempre desde el amor que guardo en mi corazón. En lugar de quedarme atado a rencores y desprecios sufridos. Soy dueño de mi historia, no esclavo de mis propias heridas que manejan a su antojo mi estado de ánimo. **Esa libertad para elegir cómo vivo el ahora es lo que marca mi camino.**

Tengo claro que mis amigos, las personas más cercanas, las que viven cerca de mí, son las que más influyen en mí. Me han marcado, han dejado su poso dentro de mi alma. Quiero mirar mi historia y mi presente. Y pienso en los que me rodean. ¿Me apoyan o me limitan? ¿Le suman o le restan energía a mi corazón? ¿Me alegran o me amargan y entristecen? ¿Me hacen ser positivo o vivir lleno de quejas? ¿Me liberan de mis ansiedades y miedos o más bien me limitan haciendo que renuncie a una parte importante de mí para ser acogido? ¿Me hacen sentir orgulloso de quien soy o vivo defendiéndome y ocultándome para evitar su juicio? ¿Me animan a luchar y a ser yo mismo o vivo siendo criticado por ellos en todo lo que hago? Me gustaría pensar en las personas a las que amo. En mis amigos, en mis hermanos. En mis padres, en mi novio, en mi novia. En mi cónyuge, en mi compañero de trabajo. Son los más cercanos los que tienen acceso a mi vida por dentro. Pero a menudo no tengo a nadie con quien compartir mi mundo interior, mis emociones, mis sentimientos, mis miedos e ilusiones. Mis aventuras del pasado. No hay nadie a quien pueda contarle todo, incluso mis pecados más íntimos, sin recibir un juicio. Alguien a quien pueda abrirle mi corazón y contarle lo que me ocurre por dentro. Lo que estoy viviendo tal vez sin que él lo sepa. Decía el P. Kentenich: «*El hombre que crece sanamente necesita un organismo sano de vinculaciones. Cuando le falta, el hombre se enferma, y el mundo de hoy está muy enfermo*»[3]. Vivo en un mundo enfermo en los vínculos. Las heridas de amor me incapacitan para el amor sano y hondo, auténtico y puro. Las personas cercanas a mí tienen un rol en mi vida, un peso en mi alma. ¿Me gustan las personas que me rodean, me hacen bien, me ayudan a crecer? ¿Y yo? ¿Les ayudo a crecer, son mejores personas gracias a mí? El otro día escuchaba una pregunta: «*¿Con quién estás cuando mejor estás?*». Hay personas que me acogen como soy, me tratan enalteciéndome, me levantan cuando caigo, me sostienen en mi debilidad. Esas personas son las que me hacen creer en mí mismo, en mis capacidades, en mi valor. Valgo por lo que soy, por lo que tengo dentro de mí. Y sé que necesito a personas que me ayuden a ser mejor, más hondo, más valiente, más grande, más libre, más sencillo. Quiero ampliar el círculo de personas positivas que me ayudan a crecer. Yo elijo. Muchas personas llegan ante mí sin yo buscarlas. Pienso en todos aquellos que Dios pone en mi camino. Me está pidiendo algo a través de estas personas. Me está ayudando así a ser la mejor versión de mí mismo. ¡Qué importantes son los vínculos que me construyen por dentro! Un mundo sano en sus vínculos. Un entramado de lazos que me llevan en definitiva hasta el corazón de Dios. Comenta el P. Kentenich: «*El hombre actual necesita un tiempo mucho más prolongado para alcanzar una sana vinculación a personas y a lugares. Primero debemos preparar el terreno para un sano amor a los hombres y a Dios. Este amor a los hombres es presupuesto y hasta coronación de un auténtico y profundo amor a Dios*»[4]. Una red sana de vínculos me lleva a un amor hondo y cálido a Dios. En relaciones sanas y profundas veo a Dios oculto hablándome, acogiéndome. Pienso en los vínculos que tengo. En los que se han frustrado. En los que están heridos. ¿Qué estoy haciendo por curarlos y sanarlos en este tiempo de pandemia que vivo? ¿Qué pasos estoy dando para cuidar a las personas que Dios ha puesto en mi camino? Las personas me pueden hacer un bien con su presencia o pueden limitarme. ¿Y yo? Yo también puedo producir el mismo efecto en los que amo. Puedo limitarlos. Puedo bloquearlos con mis juicios y presiones.

[3] Herbert King Nº 3 *El mundo de los vínculos personales*
[4] King, Herbert. *King Nº 2 El Poder del Amor*

Puedo quitarles la paz y la calma con mis críticas y exigencias. Puedo hacer que sean mejores personas y vean la belleza que tienen escondida en su interior. Puedo ser el espejo en el que vean reflejada su mejor versión. Quiero elegir cada día a mis amigos, a las personas que quiero. Opto por ellos de nuevo y cuido esos vínculos cercanos que por distintos motivos he descuidado. Mando mensajes de cariño deslavados. No les cuento lo que de verdad estoy viviendo en mi corazón. Tengo miedo de sus juicios y me asusta no ser comprendido y aceptado. Vivo escondiendo quién soy de verdad a los que más me importan. **¿Están sanos esos vínculos que me sostienen?**

Me gustan los días de sol, no esos días grises que contagian nostalgia y tristeza. Me gusta la cuaresma alegre y llena de luz, como comenta el Papa Francisco: «*El itinerario de la Cuaresma, al igual que todo el camino cristiano, ya está bajo la luz de la Resurrección, que anima los sentimientos, las actitudes y las decisiones de quien desea seguir a Cristo*». Soy de esos que desean seguir a Cristo. Soy de los que tienen una decisión tomada en el alma, aunque luego cueste ser fiel o mantenerse en lo decidido. Soy un poco volátil, como esos vientos que llevan la hoja caída en otoño donde quieren, sin respetar sus deseos. A veces no sé quién habita dentro de mí y parece desear lo que yo mismo no deseo. Y lo que digo que quiero parece no querer hacerlo. Y me veo viviendo como quien no quiero. Y pensando como no quiero pensar. Esa doble realidad en mi propia alma me escandaliza. Somos dos habitando la misma piel. O tal vez mi yo verdadero no es capaz de mantenerse en pie ante la presión del mundo. Y cae de repente sobre la tierra desbaratado en mil deseos confusos e hirientes. Quisiera que amaneciera siempre el sol en mi alma. Y reconocerme a mí mismo en ese deseo inconfundible de seguir siempre a Jesús por los caminos. Es lo que más quiero. Es lo que deseo. El alma vive apasionada por un fuego que arde en ella. Y de repente la conducen fuegos pequeños que la confunden. Y no soy yo mismo el que sigue al Señor, sino que sigo otras cosas que no son Él, aunque me gustaría que lo fueran. Pero me engaño. Digo que quiero una cosa y hago justamente la contraria. Tanta confusión de mi alma me incomoda. Quisiera ser más cuerdo y sereno. Más firme en mis pensamientos y menos voluble. Atisbo al final del día una luz que no me engaña, estoy hecho para la vida, no para la muerte. Es el amor la fuerza que mueve mi ser en todos los sentidos. No he nacido para el odio ni para vivir anclado en la ira. No soy un depravado que sólo desee la muerte y tan solo busque el interés propio. No soy tan egoísta ni tan falso. Pero yo mismo me sorprendo haciendo lo que no quiero, soñando lo que no deseo y viviendo la vida que no he buscado. Tantas incongruencias me afectan. Quizás en mi pasado hay grietas que han dejado incompleta mi historia. O tal vez el demonio con su oscuridad ha pretendido acabar con mi paciencia. Como dice una canción: «*Hay una rajadura en todo; así es como entra la luz*»[5]. Por esas grietas entra la luz en mi alma. Y sostienen mi caminar confuso por la vida. Ahora sólo sé que quiero comenzar de nuevo cada mañana y emprender la aventura audaz de intentar ser yo mismo. Fiel a la luz que surge de mi alma. Fiel a la melodía que yo mismo entono sin saberlo. Es tan cálido el día en el que sé que soy amado que vuelvo siempre a él para no olvidarme. Estoy hecho para el cielo y la luz de la Pascua guía mis pasos oscuros. Pero creo que busco egoístamente a Dios. Busco el consuelo de Dios y no busco al Dios del consuelo. Es muy diferente. Busco sentir la luz, busco tocar el calor y eso no siempre ocurre. Comenta el P. Kentenich: «*Dios huye, nos retira sus consuelos, se cubre de oscuridad. Es como si realmente huyera de nosotros. Viéndolo con claridad hemos de reconocer que se trata de la huida del amor. El saborear con gran sentimiento su amor se hace así menos frecuente y más breve. Nuestra alma se ve sumergida en desconsuelo. Por esa razón, se encuentra en el peligro y la tentación de volver la espalda a Dios, que ya no se deja ver ni sentir, y de acabar pronto la relación con Él*»[6]. No quiero ser egoísta en mis búsquedas. No pretendo sentir siempre y tocar esa consolación que sacia mi alma intranquila. En mi oscuridad camino por el desierto de la Cuaresma. Dios sabe lo que me conviene, lo que me hace falta. Dios sabe lo que me hace bien, lo que me sirve. Eso me basta. No necesito la consolación para seguir caminando. Soy hijo de la luz, hijo del día. Y paso por la noche con la esperanza grabada en la frente, en una forma de cruz de ceniza. Y me recuerda ese beso de Jesús que soy suyo y le pertenezco. ¿Por qué tengo tanto miedo a veces? Como si todo dependiera de mí, la vida y la

[5] Leonard Cohen, *canción Anthem, del disco The Future* (1992)
[6] King, Herbert. *King Nº 2 El Poder del Amor*

muerte. La perfección y los fracasos. La virtud y los pecados. Como si todo estuviera en mi mano y yo fuera el dueño de esta vida tan frágil. Esos sentimientos me llenan de oscuridad y acaban con la luz. En una lucha torpe por llegar al cielo. Tengo claro que es Él quien me conduce, me salva y me levanta. Es Él quien construye aunque no sienta nada, aunque no logre encontrar el sentido a todo lo que me pasa. Dios es la luz que se esconde en mis sombras. Aunque no encuentre los consuelos que busco desaforadamente. Amanecen días grises y el sol escondido entre las nubes me inquieta. Pero no me importa, yo confío en esta Cuaresma, creo en esa luz de Pascua que lucha por imponerse al final del camino. Siempre hay una luz que anuncia el final de algo y un nuevo comienzo. Sé que estoy hecho para cosas grandes aún sintiendo que no puedo hacer ni lo más pequeño. Me basta su gracia, su luz y su sombra cubriendo mi alma. **Me tiene Dios guardado en el hueco de su mano.**

Las promesas se hacen cuando uno no duda de poder llevarlas a cabo. Prometo lo que creo que voy a poder vivir, hacer, amar y conseguir. Me impresiona mucho un sí dado para siempre por los novios ante el altar. O el compromiso para siempre de un sacerdote, de un consagrado. El sí para siempre de una monja de clausura. El sí para siempre que pronuncia una persona o un matrimonio cuando deciden comprometerse más por Dios en su camino de vida. La palabra siempre es la que me impresiona. ¿Cómo puedo medir el siempre, lo permanente cuando yo soy tan finito? Una promesa de cumplimiento. O el compromiso de hacer realidad lo que todavía es sólo un sueño. Por eso me gustan las personas que prometen lo que cumplen. Y me duelen las promesas vacías de credibilidad. Cuando se anuncian tiempos y plazos que luego se incumplen con mucha liviandad. Me duele la frivolidad en el compromiso. Mejor no prometer lo que no voy a cumplir. Es cierto que cuando hablo de un compromiso de toda la vida donde el siempre está presente sólo cabe hacerlo cuando me entrego en las manos de Dios y confío en su poder. Porque yo he tocado demasiadas veces el dolor de mi infidelidad. He tropezado, he caído, he fallado, he incumplido. ¿Cómo lograr lo imposible sin una gracia del cielo? Me duele la fragilidad de mi voluntad, el poco ánimo de mi esfuerzo y la torpeza para llegar a la meta que forma parte de la misma promesa. Por mi lado siempre encuentro el barro. En mis manos siempre acaricio el pecado y la tentación. Por eso me gustan más las promesas de Dios, esas que me hace a mí susurrando con calma dentro de mi corazón. Me dice que lo va a hacer posible. Me lo dijo a mí un día al ungir mis manos, al bendecirme en mi sí frágil e inconstante. Lo vuelve a hacer siempre de nuevo. Las palabras de Dios se hacen vida, no fallan. Quizás sí es confusa la forma cómo llegará a hacerlas realidad en mi carne. Porque yo me imagino un camino y Dios me muestra otro. Así le pasó a Abrahán con su hijo Isaac. Le había prometido Dios una herencia innumerable como las arenas de la playa o las estrellas del cielo. Y él lo había creído y lo había dejado todo, su tierra, sus dioses, por seguir su palabra. Y cuando al fin pone en sus manos un hijo de Sara, en ese momento, Dios le pide lo imposible: «*En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán. Le dijo: - Abrahán. Él respondió: - Aquí estoy. Dios dijo: - Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécemelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré*». Le pide que le entregue a su único hijo, que lo mate, que lo ofrezca en sacrificio. En Moria tiene lugar un momento sagrado en la vida de Abrahán. Siempre me ha gustado peregrinar a Moria a entregar a mi hijo. Porque el hijo es la forma concreta a la que me aferro para que se haga realidad la promesa que me ha hecho Dios. Me creo que es el único camino posible. Y no veo otra forma de hacer vida en mí lo que me ha prometido. Subo con Abrahán y ese hijo incauto que no sabe nada de su destino. Y hago lo mismo que él hace: «*Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí el altar y apiló la leña. Entonces Abrahán alargó la mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo*». Lo importante es la promesa, no me olvido. Dios me ha prometido que mi vida será plena, que me sabré amado y amaré. Pero yo creo que mi forma es la forma correcta, mi camino es el adecuado. Y me aferro a mi hijo, a lo que tengo ahora. Y le grito a Dios que me deje tenerlo, cuidarlo, amarlo. Es el cumplimiento de la promesa. Es mi plan, es mi manera. La que se ha hecho visible a lo largo del tiempo. Pero veo que me he apegado a lo mío, a lo que yo creo que es lo mejor. He puesto en mi voluntad el deseo de Dios. He divinizado mi camino como si esa forma fuera la única posible. He hecho de mi lugar, de mi cargo, de mi estado actual, de mis formas, la única manera de ser fiel a la promesa. ¿Y si me estoy equivocando? Por eso me viene bien hacer el ejercicio de subir a Moria a ofrecer sobre el altar a mi hijo, mi obra, mis sueños, mis formas, mis deseos y así liberarme. Los

entrego todos de rodillas con el cuchillo en la mano. Si los quiere Dios que los tome ahora, se los entrego. Varias veces en la vida lo he hecho y eso me ha hecho más libre. Sé que tengo que volverlo a hacer cada vez que siento que estoy siendo el dueño de mi vida sin dejar que Dios reine, mande en mi corazón. Yo y mis maneras, yo y mis planes. Aprender a dejar en Moria mis deseos me hace más libre. De rodillas le digo: *«Aquí estoy»*. Como lo hace Abrahán. Estoy para hacer realidad el deseo de Dios. Para que sea posible su promesa en mi vida pero según sus formas, no según la mía. Y le sonrío. Y Él me sonríe. En ocasiones lo ha tomado en sus manos y me ha mostrado otra forma, otro camino. Otras veces simplemente ha dicho en mi corazón lo que le dijo a su siervo: *«El ángel le ordenó: - No alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, a tu único hijo. Te colmaré de bendiciones y multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa»*. Y ha repetido otra vez esa promesa de plenitud que salva mi vida. Me lo repite. Me dice que me ama, que soy suyo y que mi descendencia será bendita. Y entonces puedo bajar de Moria ya tranquilo. Me he liberado. Ya no tengo miedo a perder lo que ahora poseo. El camino concreto que recorro. El sueño que enciende mi alma. No vivo apegado a mis formas. Dios sabe más y me quiere por encima de todos mis deseos y anhelos. **Y será siempre fiel a su promesa. Eso no lo dudo.**

Hoy Jesús sube con los suyos al monte Tabor. El domingo pasado iba al desierto guiado por el Espíritu. Hoy sube al monte: *«En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, subió aparte con ellos solos a un monte alto»*. Eligió sólo a tres, sus más cercanos, Pedro, Juan y Santiago. Con los tres quiso compartir este momento de gloria en lo alto del monte, en la cima. Es duro subir un monte. Cuando uno cree llegar a la cima aparece un nuevo camino que continúa ascendiendo. Es imposible, siempre hay una cumbre más alta. Es como si nunca se llegara al final. Es dura la subida, siempre lo es. Se agota el aliento y faltan las fuerzas, el corazón se acelera. Jesús hoy no quiere subir sin los suyos. No quiere vivir la experiencia de ese día sin compartirla con los que han visto su humanidad, su pobreza, su sed y su hambre. Lo han visto vulnerable. Saben de sus dolores y pasiones, de sus luces y temores. Han dormido bajo las estrellas soñando un mañana diferente. Y ahora les pide que vayan con Él a la cima de un monte. Algo normal, rutinario incluso, no tiene por qué ser un día especial. Y van ellos tres, los más cercanos. ¿Tendrán envidia los que permanecen en el valle? A mí me costaría renunciar a esos encuentros marcados por la intimidad con Jesús. Puede que otros discípulos lo sientan. No son los predilectos, los más cercanos. ¿Es injusto que el amor no sea igual para todos? ¿Es injusto querer a una persona más que a otras y tratarla de forma diferente? El amor es un don, nunca un derecho. Y la elección de los amigos es lo mismo, una gracia que Dios me da. Un regalo que se me entrega. No quiero tener miedo a amar más a unos que a otros. Parece injusto, pero no lo es. El amor es siempre libre. También ese amor que Jesús tuvo a los hombres. Nos amó a todos, y a algunos de forma especial los eligió para que fueran a su lado. Y allí están ellos caminando por los caminos de la vida al lado de Jesús. ¡Qué privilegio! Y pueden compartir esa noche en el Tabor. Un día diferente, mágico. Porque allí cambian muchas cosas, en solo una noche. Ese día suben a la montaña con sus miedos y sus problemas. Jesús les ha dicho que lo van a matar y ellos tienen miedo. La noche es oscura y alberga horrores que el alma no puede soportar. Y con Jesús parece todo más fácil, pero pensar en perderlo para siempre es demasiado. Ellos no pueden cargar con ese dolor, con esa tristeza honda. No sufren tanto pensando en su dolor, sino en el propio. Así es mi corazón tantas veces. No pienso en el otro y en su dolor. Pienso en el mío, pienso en mi angustia y en mis miedos. Pienso en mi pequeñez y en mi pecado. Pienso en la herida que sangra. En la espada que atraviesa mi corazón. No pienso en el dolor de los otros hombres. Quiero ser más empático y compasivo. Acercarme al que sufre y tomarlo de la mano. Hoy Jesús quiere consolar a sus tres más íntimos. Y en ellos quiere consolar a todo el grupo y a mí mismo. ¿Qué me espera después de la muerte? Una vida plena, un nuevo comienzo. No es sólo el final. Ese temor inconsciente a perder la vida no se justifica cuando algo más grande me espera. Jesús les abre los ojos y les muestra el cielo: *«Y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo»*. Les ha mostrado antes su humanidad. Es hombre como ellos. Sufre el frío y el calor, el hambre y la sed, y el sueño. Pero ahora les muestra su divinidad. Ya les ha mostrado su poder. En los milagros se ve que es hijo de Dios,

pero no basta, hace falta algo más. Y ese día en el Tabor ven algo más grande. Jesús es Dios, es el Hijo amado de Dios y les deja ver la eternidad y el cielo a través de su carne humana. Ya no hay nada que temer como hoy repito en el salmo: *«Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?»*. Cuando Dios está conmigo todo es más fácil, nada temo. La vida me sonríe y es fácil llegar al cielo. Está más cerca de lo que pienso. Al contemplar la gloria de Dios pueden decir que ya se esfuman sus temores y exclaman: *«Caminaré en presencia del Señor en el país de la vida»*. Es lo que puede decir el que ha visto el cielo. Si ya sé lo que me espera al atravesar la puerta, ¿por qué sigo teniendo miedo? Es algo irracional que hay en mi piel que se resiste a la muerte. Me resisto a morir, a dejar esta vida llena de sinsabores. Aún cuando he visto el cielo en el corazón de Jesús y sé que mi vida está destinada a ser más grande, más plena, más libre. Una vida sin temores ni angustias. Y yo me resisto con uñas y dientes a dejar que mueran mis días. Los discípulos en el Tabor pierden el temor a la muerte. Ya todo parece tener un sentido interno que ellos aún desconocen. Pero intuyen que algo nuevo ha comenzado. **El temor desaparece y la paz llega a sus vidas. es lo que yo quiero.**

Y entonces escuchan la palabra de Dios que irrumpe en el silencio de la noche: *«Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo»*. Y cobran sentido las palabras de estos hombres sencillos, temerosos y valientes a un mismo tiempo: *«Entonces Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: - Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías»*. Quizás aun no saben lo que dicen pero intuyen que su vida va a ser diferente después de aquel monte. Ahora ya no tienen tantos miedos y se sienten más capaces de enfrentar la muerte. Eso creen. Al menos lo que sí sienten muy dentro de su alma es que no quieren que ese momento pase. ¿No me ha pasado eso muchas veces? He vivido momentos de Tabor en mi vida, momentos de cielo. Momentos en los que todo está en orden y hay paz en el alma. No necesito encontrar respuestas porque las preguntas no son relevantes. He vivido, como Pedro, momentos de cielo en la tierra. Hubiera querido que el tiempo no pasara. Recuerdo el olor de la escena, el aire cálido, la vista honda, y siento que puedo volver allí a revivirlo siempre que quiera, es tan nítido el recuerdo. Lo mismo les pasa a ellos después de aquella hora. La vida será diferente porque han tocado el cielo y una parte de su ser se ha quedado prendida en las estrellas. Eso me ha pasado a mí en ocasiones. Y la melodía de ese canto que sentí dentro de mi alma se repite a veces sin yo decidirlo. Son momentos de luz en medio de la noche. De paz en la guerra. De fiesta en medio de la tristeza. De calor en pleno invierno. Son momentos de brotes verdes en mitad del desierto. Y momentos de fuente en la sequedad de mi vida. Recuerdo abrazos, palabras, paseos por la playa, luz del atardecer, la lluvia de una tarde, la canción que no olvido, la compañía de alguien querido, la carta abierta con nostalgia, la sentencia oída con gozo, el calor que me levantaba del frío, un despertar en el lugar correcto y un vivir la vida que soñaba. Sí, son todos momentos de Tabor que recuerdo en medio de mis nostalgias y se abre el cielo. Y en esos momentos de Tabor entiendo que de nada sirven las angustias del presente, y los miedos y los vacíos que me llenan de tristeza. Es tan corta la vida que no merece la pena perderla en nostalgias vanas. Comenta el P. Kentenich: *«No raras veces encontramos también hoy en la vida que hay personas que son ricas pero que están totalmente insatisfechas en su interior. Es decir que los bienes no dan la felicidad»*[7]. Entiendo que esos bienes que me angustian y quitan la paz hoy no son lo más importante de mi vida. No puedo poner en ellos la paz que busco. Porque al mirar a Jesús transfigurado entiendo, como entendieron ellos, que mis días se juegan en el sí alegre a lo que me toca vivir. Y al final lo que importa es vivir ese momento con paz, porque Jesús está conmigo: *«De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos»*. No desaparece Jesús después de la inmensa alegría. Se queda con ellos. Igual que también lo hace conmigo después de tantos momentos en los que he deseado como Pedro que el presente no pasara nunca. Pero no es cierto, siempre pasa y sigue presente al mismo tiempo. Jesús nunca se va, se queda conmigo para siempre. Los momentos de Tabor de mi historia me han hecho quien soy. Soy fruto de la paz de esos instantes de cielo cuando escucho y entiendo que soy amado. Soy más apto para la vida después de que un poco de la eternidad se me ha quedado prendida en el pecho. Ya no puedo vivir como antes el presente. Estoy construyendo para la vida eterna. Y todas las preocupaciones de ahora son pasajeras. Y los miedos y

[7] J. Kentenich, *Lunes por la tarde,Tomo 2: Caminar con Dios a lo largo del día*

sufrimientos pasan con el paso del tiempo. Y el amor es eterno, es para el cielo. Porque está hecho de estrellas y de sueños. Y eso no acaba nunca, al contrario, me da fuerzas para la vida. Sueño con el mar acariciando mis pies, en medio de mi playa. Y deseo que ese instante sea mi hogar en momentos de luchas, cuando tengo más miedo. Y sabré entonces que mi vida está tejida en el alma de Dios. Y me dice desde el cielo que me ama, que soy su predilecto. ¿De qué puedo tener miedo? De nada, porque el hombre no puede hacerme daño, ni el paso del tiempo. Sigo soñando con las estrellas en mitad del invierno. Y no hay nada tan grave que pueda hacerme dudar de esa certeza, **Dios me ama para siempre, de forma predilecta. Eso me basta y consuela y eleva mi alma hasta el cielo.**